

AE  
& I

# Muerte contrarreloj

Autores Españoles e Iberoamericanos

Jorge Zepeda Patterson



Muerte contrarreloj

Diseño de portada: REVILOX / Oliver Barrón  
Imágenes de portada: © Shutterstock  
Fotografía del autor: © Sashenka Gutiérrez / EFE

© Jorge Zepeda Patterson, 2018  
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency.

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección  
Delegación Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: mayo de 2018  
ISBN: 978-607-07-4789-2

Primera edición impresa en México: mayo de 2018  
ISBN: 978-607-07-4791-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*A Susan*

## PRÓLOGO

---

El domingo, cuando la serpiente de colores pase por debajo del Arco del Triunfo y corone en París la travesía de veintiún días y tres mil quinientos kilómetros, yo podría estar en una gaveta de la morgue o enfundado en el *maillot* amarillo como campeón del Tour de Francia. Nunca he subido a un podio, nunca he ganado una etapa, pero ahora estoy a sólo pocos segundos de distancia del líder, Steve Panata, mi compañero de equipo y hermano desde hace once años: para vestir el *maillot* amarillo debo traicionarlo en la última jornada.

Con tal de ganar una etapa del Tour, hay ciclistas dispuestos a morir en descensos suicidas a más de noventa kilómetros por hora; ahora también sé que algunos están dispuestos a matar para conseguirlo. Hay un asesino entre nosotros y la policía me ha encomendado la tarea de descubrir quién es. Un criminal que ha diezgado a los líderes del pelotón y debe ser detenido antes de que aseste el siguiente golpe; yo mismo podría ser la próxima víctima. También sé que gracias a sus intervenciones podría convertirme en campeón del Tour de Francia.

Todos lo odiaron desde que lo vieron, menos yo. Mascaba chicle incesantemente y cada tres segundos se acomodaba un mechón de pelo, como si fuera un bisoñé que temiera perder. Incluso sin esos tics habría despertado la animadversión de todo el grupo: llegó al campamento conduciendo una Land Rover de colección y descargó una bicicleta aerodinámica que los demás sólo le habíamos visto a los profesionales de élite. Tampoco ayudaba que fuera estadounidense, tuviera rostro de actor de Hollywood y ostentara la sonrisa del que siempre logra salirse con la suya.

Yo lo recibí con los brazos abiertos, el recién llegado era la única posibilidad de que los otros me dejaran en paz. Desde mi arribo al campo de entrenamiento dos semanas antes, los corredores me habían hecho víctima de las novatadas que la tradición y la frustración por los duros entrenamientos podían inspirar en un campamento donde sobaban la ansiedad y la testosterona; los ciclistas hicieron un purgatorio de mis primeras semanas como profesional —si es que el pago de cincuenta euros por semana me convertía en eso—, así que agradecí la posibilidad de no ser el único blanco del abuso de los demás.

Quizá eso fue lo que nos unió: nos tomamos con filosofía los tormentos a los que nos sometían y los atribuimos a algún ritual de iniciación en contra de los aprendices. O, mejor dicho, él se lo tomó con filosofía y yo terminé por imitarlo.

—No te comas la avena; creo que escupieron en ella —me dijo la primera vez que nos dirigimos la palabra, y me ofreció una barra de

proteína. Parecía más divertido que contrariado, como si el hecho de descubrirlos lo hiciera más listo que los demás.

Al pasar los días entendimos que no se trataba de un rito de iniciación: simplemente nos tenían miedo. De los cuarenta y seis corredores que arrancamos el campamento, la organización Ventoux retendría apenas a veintisiete y sólo los nueve mejores participarían en el primer equipo, el que es llevado a las pruebas que verdaderamente importan.

Un mes más tarde, cuando el entrenamiento se hizo más exigente y las jornadas se convirtieron en travesías de ciento sesenta kilómetros e incluyeron parajes escarpados, comprendimos que el miedo que inspirábamos estaba justificado: éramos mejores. Steve Panata rodaba con una cadencia natural y una elegancia como nunca antes había visto ni volví a ver; devoraba kilómetros sin esfuerzo aparente a una velocidad que a otros obligaba a doblarse sobre el manubrio. Yo lo compensaba con una anomalía fisiológica que en otras circunstancias me habría convertido en fenómeno de circo: el ADN de mi padre, un nativo de los Alpes franceses, y los genes colombianos de mi madre, de ancestros andinos, debieron habérsela pasado muy bien, porque terminaron por dotarme de un tercer pulmón. No es que lo tuviera, pero los niveles de oxigenación de mi sangre son tales que, para efectos prácticos, me permiten correr dopado.

Una vez en carretera, Steve y yo comenzamos a tomar venganza de las afrentas sufridas: lo hacíamos casi sin proponérselo, aunque sin ingenuidad. Él me sonreía malicioso veinte o treinta kilómetros antes de la meta fijada por los instructores y tras un gesto de complicidad acelerábamos el ritmo, sutilmente al principio, para que los otros no se dieran por vencidos y se exigieran un esfuerzo adicional; diez kilómetros más tarde, cuando percibíamos que el grupo se encontraba al límite, acelerábamos para dejarlos atrás. Pero no antes de que Steve diera la estocada final: comenzaba a relatar en tono tranquilo la última película que había visto, como quien conversa en un bar y no se encuentra subiendo una cuesta que le quita el resuello a todos los demás.

Al temor que inspirábamos se sumó el resentimiento. Alguna vez pensé que, encerrados en esos retiros de montaña en Cataluña, entre docenas de aspirantes cargados de encono y decididos a convertirse en profesionales a cualquier costo, nos exponíamos a una

golpiza capaz de poner en riesgo nuestras propias carreras. Para todos esos chicos —yo incluido—, superar el corte que harían los entrenadores del Ventoux era lo único que los separaba de un trabajo mediocre y sufrido en una granja o una fábrica; un par de ellos francamente eran carne de presidio. No era el caso de Steve, para quien el ciclismo profesional era una opción más, entre otras, de un futuro necesariamente pródigo y holgado. Una razón más para odiarlo.

Y había otras: por ejemplo, que desplegara un encanto irresistible cuando se lo proponía, sobre todo entre mujeres, directivos e instructores. Un encanto que provocó más de una bataola con los parroquianos en las pocas ocasiones en que el grupo se escapó a algún bar de la zona, aunque fuese para tomar una cerveza de raíz; un flirteo descarado o un intercambio de servilletas con números de teléfono garabateados bastaban para desencadenar una reyerta con frecuencia zanjada a golpes.

Para alguien tan proclive a provocar la envidia y el resentimiento en los demás, Steve era notoriamente incapaz de defenderse a sí mismo. Toda la elegancia que exhibía sobre una bicicleta o en una pista de baile se convertía en torpeza al momento en que comenzaba el reparto de bofetadas: logramos salir más o menos indemnes una y otra vez gracias a mi entrenamiento de policía militar y mi experiencia en el ejército bregando con borrachos exaltados en bares de mala muerte.

Con el tiempo conseguimos neutralizar los ataques de nuestros malditos acosadores, aunque no antes de que tuviera que enfrentarme a golpes con el matón del grupo, un tipo de Bretaña duro y rudo, con muslos y cara de bulldog; pesaba diez o doce kilos más que yo, pero él no había crecido en un barrio marginal de Medellín ni pasado tres años en cuarteles de Perpiñán. Yo había desarrollado una estrategia de supervivencia que consistía básicamente en evitar todo tipo de conflicto, algo para lo cual mi temperamento se presta a las mil maravillas: una estrategia que funciona a condición de utilizar toda la violencia posible en las raras veces en que el conflicto resulta inevitable, como en esa ocasión en que tuve que salir en defensa de Steve.

Ivan, el bretón, dañaba una y otra vez las llantas de la bicicleta de mi amigo durante las noches, lo cual nos obligaba a emprender repa-



raciones frenéticas de último minuto para responder a tiempo al llamado de los instructores. Una mañana descubrimos que la bicicleta había desaparecido; la sonrisa burlona con que nos recibió Ivan dejaba en claro quién era el responsable de la ocurrencia. Asumió, supongo, que esta vez Steve por fin lo encararía: eso lo distrajo, nunca me vio venir. Impulsé mi antebrazo con toda la fuerza de que era capaz y asesté con el codo un golpe sobre su rostro; lo alcancé justo entre la mandíbula y la sien. El imbécil cayó de fea manera mientras sus secuaces contemplaban atónitos la inconcebible agresión. Tampoco se esperaban lo que siguió: agarré a patadas el cuerpo hecho ovillo del matón hasta que reveló el lugar donde había escondido la bicicleta. Tras ese incidente nos dejaron en paz.

Ayudaron también las maneras cortesananas que Steve comenzó a desplegar para con los otros corredores. Repartía con generosidad el contenido de los paquetes que recibía de Estados Unidos, cargados de discos con música, geles y barras de proteína, zapatos de deporte, camisetas; un sutil cohecho que pronto arrojó dividendos. Cuando terminó la temporada de entrenamiento nos trataban como si fuéramos los jodidos dueños de la carretera.

A veces me pregunto si la profunda amistad que terminaría definiendo nuestras vidas se selló con esa alianza inicial basada en la protección mutua; al menos en mi caso así fue. Incluso con lo que sucedió años después, sigo convencido de que había algo genuino y hondo en esa cofradía incondicional y de absoluta lealtad que forjamos desde el primer momento.

En realidad, los dos nos fascinamos mutuamente. Cuando nos conocimos él tenía veintiún años, yo veintitrés. Steve había crecido entre algodones como hijo único y mimado de una pareja de abogados prominentes de Santa Fe, Nuevo México. Sus padres consintieron y apoyaron su obsesión por la bicicleta y lo dotaron de instructores semiprofesionales cuando decidió participar en las competencias juveniles de su país: terminó arrasando en todas ellas, siempre rodeado y protegido por una pequeña *troupe* financiada primero por su familia y luego por los patrocinadores, atraídos por el potencial que exudaba este chico de oro.

Pero ahora, en el norte de España, por primera vez en su vida Steve se encontraba en territorio hostil; a su pesar, los suyos habían

asumido que nunca llegaría a la cima del ciclismo de ruta sin pasar por el endurecimiento que ofrecían los equipos europeos y sus implacables entrenamientos. Quizá por ello parecía hipnotizado por mi capacidad para sobrevivir en escenarios que le resultaban exóticos y fascinantes, y para mí eran una mierda. Empujado por las circunstancias me convertí en lo que soy, como es el caso de los que no se llaman Panata; terminé siendo ciclista —como otros acaban de oficinistas o vendedores— porque ese fue el tronco al que pude aferrarme cuando simplemente intentaba mantenerme a flote en medio de la corriente. Steve, en cambio, formaba parte de los seres humanos cuyo futuro es consecuencia de un inevitable designio.

Él interpretaba como un derroche de libertad la casi orfandad en la que crecí. Mi padre, un militar francés agregado durante años a diversas embajadas en Latinoamérica, se había separado de mi madre, una bogotana de origen peruano y de familia venida a menos, cuando yo aún no cumplía los nueve. A partir de ese momento pasé los veranos en una cabaña de los Alpes adonde él decidió retirarse, y el resto del año en una casa de ladrillo rojo a las afueras de Medellín. Viví una infancia de abandono por los agotadores turnos de enfermera que cumplía mi madre en dos hospitales diferentes; con el tiempo entendí que simplemente buscaba un pretexto para mantenerse a distancia del hijo de un matrimonio precipitado por un embarazo no deseado. Más tarde, en la adolescencia, estuve convencido de que ella esperaba que un día yo no regresara de alguno de los viajes que emprendía cada verano a Francia, algo en lo que me habría encantado darle gusto si mi padre no hubiera estado igualmente urgido de deshacerse de mí cada vez que lo visitaba: pagar el viaje y recibirme durante cinco semanas era una obligación que el coronel Moreau cumplía con estricto rigor aunque sin ningún entusiasmo.

Es probable que hubiera terminado por ser reclutado por alguna de las bandas de adolescentes que aterrorizaban el barrio, de no haber llegado la bicicleta en mi rescate. Sin proponérselo, mi madre fue la responsable: los turnos extras y un aumento de salario le permitieron mudarnos de San Cristóbal, un pueblo de la periferia, a San Javier, un barrio popular de Medellín. Si bien fue un ascenso social, también fue un descenso orográfico que me condenó a recorrer a pie los casi siete kilómetros cuesta arriba que me separaban de la es-

cuela, por lo que tenía que levantarme a las 4:30 para llegar a tiempo a la primera clase. En algún momento debió de apiadarse de mis desvelos, porque un día apareció con una bicicleta grande y pesada de segunda mano, seguramente robada; una bicicleta que llamábamos «de albañil», pero que cambió mi vida.

Paradójicamente, fue la holgazanería lo que me transformó en escalador. Mi nueva montura me permitió recorrer el despertador a las 5:30; más tarde comencé a cronometrar mis trayectos para prolongar el tiempo de sueño. Terminó convirtiéndose en una obsesión: cada semana intentaba recortar en uno o dos minutos la duración del camino a la escuela. Disminuí el peso de la mochila, aprendí a sacar provecho de cada curva, conté las ocasiones en que aplicaba el freno y las reduje al mínimo indispensable. Algunos de mis compañeros se burlaron de las viejas botas rotas que comencé a usar en la escuela, aunque no me importó: sus gruesas suelas me permitían alcanzar mejor los pedales y reducir en tres minutos el trayecto.

Una maestra se dio cuenta del violento frenado con el que llegaba cada día, seguido de una pausa para consultar la hora y apuntarla en mi libreta; me preguntó el motivo y luego leyó con curiosidad mi tabla de anotaciones. Una semana más tarde me habló de una carrera para ciclistas aficionados, ella era una de las organizadoras. Al principio me pareció absurda la posibilidad de competir, ridícula incluso: mis botas rotas y mi tosca bicicleta no empataban con las imágenes que había visto de los ídolos colombianos enfundados en coloridos atuendos, montados en máquinas aerodinámicas. Pero no había manera de decir que no; la mitad del salón, al menos la parte que ya había cumplido trece años, estaban enamorados de la maestra Carmen. Su entusiasmo infatigable, la sonrisa cálida, los ojos verdes, y sobre todo la manera en que trepidaba su falda al caminar, la convertían en la heroína de nuestros sueños húmedos.

Aun cuando todos los competidores calzaban mejor que yo, me consolé que hubiera otras bicicletas como la mía. Corrí decidido a impresionar a mi maestra: partí veloz desde la meta misma, sorprendido por la facilidad con que dejaba atrás a todos, y ni siquiera hice algo diferente a lo que acostumbraba cada día camino de la escuela. Pronto entendí la razón: los demás corrían para soportar los treinta y dos kilómetros que los separaban de la meta. Yo estaba fun-

dido en el kilómetro diez; pronto comenzaron a rebasarme los primeros. Faltando cinco kilómetros para el final, era el último de la competencia. Fue mi primer contacto con el tormento de la carretera: las piernas convertidas en hilos, cada pedaleo soportado desde el abdomen, donde sentía que alguna víscera se desgarraba. Fue también mi primer contacto con el enemigo que todo ciclista lleva dentro y que le incita a renunciar al suplicio; me decía que ya había hecho lo suficiente, que era el más joven de la carrera, que mejor abandonar que llegar al final, pero me imaginé la decepción de Carmen y decidí que no desertaría y tampoco sería el último. Me concentré en la espalda del corredor que rodaba treinta metros adelante de mí y puse en cada pedal todo lo que tenía, lo alcancé y busqué la siguiente espalda. Pronto olvidé el cansancio. Cuando llegué a la meta vomité y me quedé doblado un rato por el dolor que acuchillaba un costado de mi cuerpo, aunque no me moví de allí: quería contar los corredores que llegaban después de mí. Fueron diez. Antes de retirarme, Carmen me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

A partir de ese día dediqué las tardes a recorrer las colinas de los alrededores. Diseñé tramos más largos, medí y recorté el tiempo de traslado, leí todo lo que Carmen me dio sobre alimentación y técnicas de competencia, y traté de asimilar y poner en práctica lo que podía dentro de mis limitaciones. Mis piernas crecieron y jubilaron a las botas, aunque tardaría mucho tiempo en ganar una carrera. Me bastaba el entusiasmo de Carmen y darme cuenta de que, al terminar cada competencia y detenerme en la meta, cada vez era mayor el número de corredores que llegaban después de mí.

En aquellos largos entrenamientos por mi cuenta se forjó el corredor que ahora soy. El aprendizaje de las técnicas y las estrategias vendría después, pero allí construí la verdadera sustancia de la que está hecho un ciclista profesional: la capacidad para infligirse dolor, llevarse al límite y continuar. Me exprimía en pendientes imposibles con la convicción de que ese sufrimiento me acercaba a Carmen, me hacía merecedor de su atención y su cariño.

Empero, su desaparición dos años más tarde al ser promovida a una escuela privada de Bogotá sacudió mi pequeño universo y me sumió en la desesperación. Tras algunas semanas atormentadas, quedé convencido de que podría recuperarla por medio de la bicicleta:

mi fama como corredor llegaría hasta la capital y terminaría uniéndome a ella. Hice de la bicicleta mi instrumento de tortura y redoblé mis masoquistas sesiones de entrenamiento; el dolor se hizo mi mejor amigo.

Fue en esa época cuando desarrollé la otra manía con la que se me conocería: medir, cronometrar, contar y registrarlo todo. Años después, mis compañeros, comenzando por el propio Steve, se burlarían de mi obsesión con los números y más de uno me llamaría «el contador», con ganas de molestar. Sin embargo, tarde o temprano todos ellos me preguntarían cuántos kilómetros faltaban para llegar a la meta o el lugar que ocupaba en la clasificación un corredor que se desprendía del pelotón y se lanzaba a la fuga. Nunca me molestó ser su jodida Wikipedia en lugares donde nadie puede usar su celular.

También fue en las sierras de Medellín donde me di cuenta de que los demás no padecían la extraña relación que mantengo con mi propia transpiración: es una putada ser alérgico al sudor que produce tu cuerpo justo cuando vives de hacerlo sudar. El clima de mi tierra ya se había encargado de sacarme sarpullidos y ponerme a frecuentar polvos y ungüentos en busca de alivio, y no es que lo hubiese descubierto hasta el momento en que subí a una bicicleta, pero hasta entonces había sido una molestia confinada a los días de excesivo calor. Ahora la irritación se convertía en un tatuaje encarnado en zonas del cuerpo de las que un adolescente no debería sentirse avergonzado, o al menos no por esas razones.

Sudando y contando terminé por convertirme en una figura familiar en las carreras que se celebraban ciertos fines de semana en la región. En algún momento dejé de contar a los corredores que llegaban después de mí y comencé a hacerlo con los que arribaban a la meta antes que yo; me atormenté sobre los pedales hasta conseguir que cada vez fueran menos.

Y al fin llegaron los primeros podios. Aunque competía contra adultos, las pequeñas recompensas en metálico y las propinas de los apostadores me mantuvieron apartado de la violencia devoradora de la Colombia de aquellos años. No fue una etapa feliz; mi bicicleta pesaba más de veinte kilos y los inoportunos pinchazos a los que me condenaba el estado de las llantas me obligaban a abandonar la mitad de las carreras. Nunca más he sentido la rabia impotente que

sufrió entonces, cuando contemplaba a la orilla del camino y con lágrimas en los ojos el paso de los ciclistas a los que había dejado atrás minutos antes.

El dinero del narco, del que venía huyendo, cambió todo. Uno de los compañeros de barrio reclutados por las bandas se aficionó a apostar en las carreras en las que yo participaba: tendría quizá dieciséis o diecisiete años y no sería más que un soldado raso en las filas del crimen organizado, pero el dinero que solía exhibir me parecía una fortuna. Un día en que terminé en tercer lugar me felicitó ruidosamente y lo festejó como un triunfo propio; probablemente estaba drogado, porque en su euforia tomó mi bicicleta y la tiró a un pequeño barranco junto al que nos encontrábamos. Antes de que tuviera oportunidad de lanzarme detrás de ella, me arrastró a una tienda y compró la mejor que encontramos. Durante meses viví con el temor de que en algún momento me cobrara el apoyo de una manera u otra; por suerte, se limitó a apostar a mi favor. Quiero pensar que recuperó con creces su inversión, porque a partir de ese momento comencé a ganar más carreras.

Poco después de cumplir diecisiete años me enteré del regreso de Carmen a Medellín, ahora en calidad de directora de mi vieja escuela. Mi primer impulso fue visitarla de inmediato y mostrarle el corredor en que me había convertido. Pero me contuve; juzgué que no tenía otra cosa que exhibir que medallas de competencias de aficionados, aun cuando en ellas corrieran bajo el agua premios y apuestas importantes. Decidí no presentarme hasta ganar una carrera profesional. Logré inscribirme a la Vuelta La Cordillera, que se celebraría tres meses más tarde: una competencia feroz en la que solían participar profesionales incipientes y veteranos en el ocaso de su carrera. Entrené obsesivamente hasta alcanzar registros que me convencieron de tener una verdadera oportunidad de ganar.

Dos semanas antes de la competencia me llamó un excompañero de la escuela para decirme que Carmen había muerto en una balacera cruzada entre bandas rivales; asistí al entierro a la distancia y lloré a mares el final de la adolescencia. No volví a subirme a la bicicleta que me regaló mi amigo el narco ni a ninguna otra.

Poco después, cuando cumplí dieciocho mi madre aceptó la propuesta matrimonial de un doctor de buen corazón y con halitosis

galopante, un acto que tenía más de capitulación de parte de ella que de enamoramiento; algo en lo que, en cualquier caso, yo no tenía cabida. Dos semanas después dejé una nota en la cocina y tres días más tarde golpeé la puerta de mi padre sin previo aviso al otro lado del océano. Apenas pareció sorprenderse, me sirvió un plato de lentejas y me instaló en el cuarto que yo solía ocupar en las visitas de verano.

Los siguientes meses hice lo que pude para ganarme un lugar en su corazón. Si me pedía cortar leña, yo talaba el monte hasta desollarme las manos; aprendí a cocinar su guiso preferido y a conducir la vieja camioneta Peugeot para relevarlo de la compra semanal en el pueblo más cercano. Cuando llegaron las primeras nieves empecé el aprendizaje del esquí con la misma intensidad que antes había dedicado a los pedales: él sólo respetaba los deportes de invierno y consideraba una necesidad fatigarse encima de una bicicleta cuando una moto podía hacer el trabajo con una inconmensurable mayor eficiencia, o al menos eso me dijo el día en que quise hablarle de mis pequeñas hazañas sobre dos ruedas.

A fuerza de golpes y caídas, para fin de año había dejado de ser un esquiador vergonzante; estaba decidido a convertirme tarde o temprano en un guía de turismo invernal. Días más tarde me informó que había tomado la decisión de enlistarme en el ejército y que consiguió se me asignase a un regimiento afincado al pie de los Pirineos, cerca de Perpiñán, comandado por un viejo conocido suyo: dieciocho años antes exigió que yo naciera en suelo francés, aunque para ello mi madre tuvo que volar a Europa con ocho meses de embarazo y un certificado amañado por el médico de la embajada.

Me marché a los cuarteles convencido de que me esperaba una vida de trabajo en galeras, cavando trincheras y acometiendo largas expediciones al desierto del Sahara, y probablemente así habría sido si un giro inesperado no me hubiera sentado de nuevo en un asiento de bicicleta. El compañero de mi padre murió unos días después de mi arribo: lo sustituyó el coronel Bruno Lombard, un personaje mucho más interesado en el ciclismo y las competencias atléticas entre regimientos rivales que en la vida castrense o la teoría militar. Cuando se enteró de mis andanzas en las carreras juveniles en las montañas colombianas, me incorporó a su equipo.

—Cúidala como si fuera tuya —me dijo a los pocos días de su llegada al mostrarme una bicicleta de competencia, raspada y maltrecha. No sé cómo hizo para conseguir esa docena de máquinas de carrera ni qué tuvo que ofrecer a cambio: parecían el desecho de un equipo profesional de ligas inferiores pero definitivamente eran de competencia, así fueran de una década atrás.

Aunque técnicamente pertenecían al Estado francés, sentí que me habían regalado un Ferrari. En las siguientes semanas hice todo lo que estaba en mi poder para no bajarme de ella, a riesgo de terminar con el trasero encarnado y faltar a mis obligaciones de recluta.

Algún oficial debió quejarse de mi indolencia porque Lombard tomó una decisión radical, esa que hoy me tiene convertido en detective del Tour: me asignó a la pequeña unidad de la policía militar del regimiento, directamente bajo su mando. Eso me libró de la mayor parte de las aburridas rutinas de la tropa y me dejó en libertad para ponerme en las manos del instructor del equipo de ciclismo que Lombard había reclutado.

Don Rulo era un viejo cascarrabias, duro e intransigente; supongo que su carácter le impidió llegar a los equipos profesionales aunque le sobraran oficio y talento. Advirtió mi inclinación por la montaña y durante los siguientes meses llevó mi cuerpo al límite en las cumbres de las imponentes cimas de los alrededores.

A lo largo de los siguientes cuatro años nuestro regimiento ganó absolutamente todo: no sólo las competencias que nos enfrentaban a equipos de otras instituciones del Estado francés sino también los torneos regionales, para los cuales el buen Lombard encontraba siempre una justificación que le permitiera llevar a sus muchachos.

«Sus muchachos» básicamente éramos Julien y yo, además de una veintena de conscriptos que fueron rotando a lo largo de los años, con más entusiasmo por los descansos y pequeñas prebendas que Lombard ofrecía a los voluntarios que por su vocación o talento para la bicicleta. Julien era un buen corredor y con el tiempo pudo haberse convertido en un profesional dentro de algún equipo modesto si su pasado en las bandas marselesas no lo hubiese reclamado al terminar el servicio militar; tenía buenos instintos para la carretera, una capacidad salvaje para soportar el dolor y exprimirse en una cuesta, y con eso bastaba. Era lo único que yo necesitaba para subir



al podio, tanto y tantas veces, que dejó de ser divertido para todos salvo para Lombard.

A los veintidós me había convertido en una referencia para la prensa regional con el apodo de Aníbal: el chiste, cuyo significado se me escapaba al principio, tenía que ver con que el general púnico condujo a su ejército para atacar a la Antigua Roma a través de los Pirineos y los Alpes a lomos de elefante. Con el tiempo terminé tomándole cariño al sobrenombre, aunque pasé algunos meses receloso; no me hacía ninguna gracia la comparación con el paso paquidémico del cartaginés. Decidí tatuarme en la nuca un pequeño dragón, el símbolo de nuestro regimiento, con la esperanza de que eso ahuyentara cualquier referencia a los malditos elefantes; Lombard, en cambio, festejó y me enjaretó el Aníbal como si fuese la consagración de una leyenda.

Al final de cuatro años el coronel debió dejarme ir, compungido pero orgulloso de su creación, aunque no antes de asegurarme un lugar en la firma belga Ventoux, legendario semillero de profesionales.

No sé en qué momento decidí dedicarme al ciclismo profesional; para entonces ya sabía que se trataba de un oficio atormentado por la disciplina y el dolor autoinfligido. Quizá fue la frase de mi padre cuando regresé a su refugio alpino al terminar el reclutamiento: «Ni siquiera para los cuarteles serviste», me dijo cuando toqué de nuevo a su puerta. Probablemente había creído que me convertiría en un oficial de alto rango como él, cuando se enteró de mi designación como cabo de la policía militar a las pocas semanas de mi arribo a Perpiñán. Sus palabras terminaron por decidirme: en ese momento me dije que algún día entraría a París enfundado en el *maillot* amarillo.

Años más tarde la prensa seguía llamándome «Aníbal» pese a no haber conseguido coronar alguna etapa en los Pirineos, no digamos un podio en alguna de las grandes vueltas.